

EDICION GRANDE.

SE PUBLICA UNA VEZ Á LA SEMANA.

En la Península é islas adyacentes. Por un año, 40 reales.—Por seis meses, 25.—Por tres meses, 15.—Por un mes, 6.

Ultramar y extranjero. Por seis meses, 60 rs.—Por un año, 110.

OFICINAS

CALLE DE SANTA CATALINA, 10, BAJO.

LA IGLESIA

PERIÓDICO POLÍTICO RELIGIOSO

EDICION PEQUEÑA.

SE PUBLICA DOS VECES POR SEMANA.

En la Península é islas adyacentes. Por un año, 40 reales.—Por seis meses, 25.—Por tres meses, 15.—Por un mes, 6.

Ultramar y extranjero. Por seis meses, 60 rs.—Por un año, 110.

Cada 25 ejemplares de la edicion popular costarán en la Península 4 1/2 rs., aumentando para Ultramar y el extranjero el importe del franqueo.

UN NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.



PROSPECTO.

Ahora que empieza la luz á vislumbrarse por en medio de las tinieblas producidas por rancias preocupaciones y mal fundados escrúpulos, ahora que la antigua organizacion política de la Iglesia en esta Península está próxima á sufrir importantes trasformaciones como ya ha sucedido en Francia, Bélgica, Italia y mas recientemente en Austria; ahora que en España vemos gravemente amenazada la unidad católica, causa tal vez la única desde los Reyes Católicos, del espíritu compacto é indestructible de nacionalidad que une á todas sus provincias; ahora que el voto del pueblo va á designar los hombres que han de constituir nuevamente á España, teniendo en cuenta las necesidades creadas por la fuerza progresiva del tiempo; ahora, pues, tenemos nosotros la pretension de fundar un periódico que defendiendo siempre la sublime y augusta verdad católica, y ayudando á sostener intacta é incólume la santa doctrina y los sagrados derechos de la Iglesia, sin militar en ningun partido, combata sin tregua las interesadas exigencias de unos y las ignorantes ó malévolas sugerencias de otros.

No se nos tache por esto de pretenciosos. Confesamos nuestra pequeñez; pero manifestamos nuestro buen deseo confiados solamente en aquel que todo lo puede. Somos católicos sinceros, y defendiendo en este país tan sublime creencia, al mismo tiempo que satisfacemos una necesidad de nuestro espíritu, creemos dar á los españoles, que por tantos títulos nos son simpáticos, una prueba de que amamos su patria, sus glorias, sus tradiciones, sus letras, sus artes, su cultura y su civilizacion.

Cumplimos además con nuestro deber de sacerdotes. La vida del sacerdocio es la accion continua y el trabajo incesante encaminados al verdadero bien, si no se quiere hacer traicion á la santa tarea, y exponerse al desprecio de los hombres y al castigo del eterno Melchisedech, del divino fundador. ¡Ay del sacerdote que, segun sus propias fuerzas, no contribuya al bien general de la familia católica! No basta la santidad de la vida; el siglo exige imperiosamente otros méritos, otros sacrificios. Allí donde el clero con el ejemplo, la pluma, la palabra defiende la causa del Señor, allí donde incesante en su tarea siembra la incomparable semilla evangélica, allí se obtiene abundante recoleccion de virtudes, y el triunfo de la Iglesia es seguro.

La idea religiosa, pacífica y leal que nos anima, no tiene por norte mas que el bien social de este pueblo católico.

Nosotros no pertenecemos ni nos unimos á ninguno de los partidos que se disputan el poder del mundo. Nuestros deseos se encaminan á un objeto mas elevado; nuestras esperanzas se cifran en resultados de mas general trascendencia. Aspiramos á una revolucion mas afortunada y mas permanente; al verdadero triunfo de la libertad y de nuestra religion, hermanas augustas nacidas gemelas al pie de la Cruz.

Reunir en un solo punto la libertad y la religion; llamar á estos elementos de regeneracion social á concentrarse y unificarse en una comunidad de vida; reavivar en el ánimo del clero y del pueblo el culto de la pura doctrina y de las sanas tradiciones, tal es el plan que nos hemos trazado.

No esperando ni queriendo nada de nadie, tanto por nuestra calidad de extranjeros como por nuestro carácter independiente, censuraremos siempre con energía lo malo, venga de donde venga, y aplaudiremos lo bueno sin reserva de ninguna clase.

Católicos por sentimiento y por conviccion, no nos escudaremos con tan augusta palabra para dirigir impunes nuestra critica á los que militan en los distintos partidos políticos en que están subdivididos los españoles. Preocupándonos poco ó nada las varias formas de gobierno, porque con todas creemos que puede conseguirse el bien social si sus principios son desinteresadamente observados, nos

fijamos solo en el fondo de las cosas, en la verdad, en la justicia, en la moral y en las costumbres.

Impávidos en nuestra marcha y fija la vista en el objeto de esta publicacion, no nos detendremos á rebuscar brillantes frases ni giros caprichosos que embellezcan nuestros escritos; pero si procuraremos con todas nuestras fuerzas, que en nuestras doctrinas resalte la mas estricta moralidad, en nuestros juicios la imparcialidad mas severa, y en nuestras conclusiones la mas profunda sensatez.

Vamos ahora á bosquejar los principales asuntos en que mas inmediatamente nos ocuparemos.

La Virgen, despues de Jesucristo, es la mas noble y la mas divina figura de la Iglesia; es el lazo que une el antiguo con el nuevo testamento; es la corredentora del género humano. Es pues imposible establecer diferencias entre el culto que rendimos á la Virgen y el que tributamos á su Hijo: su gloria es solidaria como es idéntico su objeto. No se oculta por consecuencia á nuestros lectores que frecuentemente hemos de hablar de María en el periódico que fundamos.

Atraer á los fieles al altar de María, es acercarlos á Jesucristo, á su divina esposa la Iglesia, á la religion católica, única verdadera, única eterna.

Porque al escribir la historia de la Santa Virgen, al cantar sus heroicas virtudes, al hacer ver cómo esta privilegiada criatura colmada de gracias por el Creador es, desde su inconmensurable altura, la abogada y protectora de la Iglesia militante, al enumerar sus prodigios y en caso necesario discutirlos y defenderlos, al reunir á su alrededor las tradiciones tan bellas como interesantes de Oriente, pintando los lugares santificados por su presencia, al recorrer con nuestros lectores todos los principales santuarios que le están consagrados en ambos mundos, al estudiar todo lo que se refiera á su culto, á sus fiestas, á sus templos y á sus imágenes, al procurar como nosotros procuraremos que esto lo sepa todo el mundo, los ignorantes como los sábios, los pobres como los ricos, no se empequeñece al hombre, antes, por el contrario, se le engrandece, haciéndole fuerte contra los sofismas, y se le eleva enseñándole á conocer y á practicar el bien.

Predicando las escelencias de María en este bello reino de España, sometido á su augusta y poderoso Patrocinio, y que por antonomasia Reino de María se llama, no solamente creemos ser agradables á todos los católicos españoles, que tienen una particular devocion á la Virgen, sino que esperamos que Ella, la Todopoderosa, bendecirá desde lo alto del cielo nuestros trabajos, nuestros esfuerzos y la pureza de nuestras intenciones.

La fuerza corruptora de algunos libros y de una parte, poco numerosa por fortuna, del periodismo, empieza á inundar la España, y elaborándose el veneno cada dia, es cada dia absorbido en pequeñas dosis por los lectores menos ilustrados. Solo de este modo puede explicarse el decaimiento de la fé, la relajacion de las costumbres, la decadencia gradual de la inteligencia.

El espíritu de las masas estraviado por falsas historias y por afirmaciones gratuitas, no es un mal menos grave para la sociedad, pues gracias á la fascinacion de una literatura ligera, pronto no sabrán distinguir el bien del mal, el error de la verdad.

No se crea por esto que nosotros nos oponemos á la libertad de imprenta que por ahora se disfruta en España; pero si deploramos los abusos que á su sombra se cometen, y nos creemos en el deber de escitar á todos los buenos católicos para que, dada la situación actual, se unan contra los prevaricadores que por medio de periódicos, folletos y traducciones de obras extranjeras, pretenden con grandes esfuerzos hacerse imitadores de la orgullosa ligereza que distingue á los partidarios de Voltaire. Nosotros combatiremos incesantemente contra estos enemigos de la religion, y nuestros por consecuencia. Nosotros combatiremos con energía, pero no con el lenguaje del sarcasmo y de la injuria que

les es tan familiar, sino con el de la razon y el de la caridad.

No seria completo nuestro plan si no pensáramos llamar tambien la atencion de nuestros lectores hácia el respeto y veneracion que en todos tiempos se ha tenido á la Roma pontificia, á esa Roma tan poco conocida y tan calumniada por la malicia de algunos como por la ignorancia de muchos. Nosotros, que la conocemos desde muy niños la estudiaremos ahora en todas las fases de su vida apostólica; la seguiremos asimismo en las manifestaciones de su vida monástica, allí donde la piedad y la ciencia se ven unidas en dulce é íntimo consorcio; haremos ver en España toda su virtud nacida á la sombra del santuario; la encontraremos en sus numerosas congregaciones ó hermandades, y en sus religiosos retiros, en los que apartados del mundo muchos príncipes y grandes de la tierra, solo trabajan en procurar aliviar la suerte de infinitos desgraciados. Recorreremos aquel vasto campo donde la caridad cristiana se desenvuelve bajo tantas formas, y penetrará con nosotros el lector en los silenciosos claustros y magníficas bibliotecas donde la piedad laboriosa é inteligente ha reunido todos los secretos de la ciencia. Pondremos muy especial empeño en dar á conocer por medio de curiosas y detalladas descripciones, las augustas ceremonias que con gran fastuosidad y lucimiento se celebran en Roma, y en las que toman parte el Papa, el Sacro Colegio y numerosos Prelados; trabajo en el que los católicos todos hallarán amena instruccion al par que consuelos inefables.

El relato y la esplicacion de estas solemnidades nos conducirá naturalmente á otro estudio que será tan interesante por su novedad como por su erudicion. Publicaremos los privilegios y atribuciones de todas las dignidades de la Iglesia católica que rodean el trono pontificio y que en mayor intimidad se hallan con la augusta persona del sucesor de San Pedro. Y no concluiremos nuestro trabajo sin publicar tambien varios minuciosos estudios de las gerarquías de nuestra sacrosanta religion, empezando por el Papa y concluyendo por el mas humilde presbítero.

Por último, el folletin del periódico LA IGLESIA será siempre una obra eminentemente útil y necesaria á nuestros lectores. La primera que pensamos publicar es *Roma y los Papas*. El título por sí solo dice lo bastante, y nos releva de hacer sobre su importancia comentarios de ninguna clase.

La publicacion que emprendemos es, pues, como por lo expuesto se ve, grande y saludable. Nosotros dedicaremos á ella todos los esfuerzos de nuestro cuerpo y de nuestra alma, porque comprendemos su utilidad y sus beneficios; pero para que nuestro trabajo no sea estéril, necesitamos la proteccion del cielo, el patrocinio del episcopado español y el concurso de nuestros hermanos en el sacerdocio y de todos los católicos de corazon.

Estas son las ideas del fundador del periódico LA IGLESIA y este el objeto que se propone, esperando merecer la benevolencia del público.

La abundancia de materias y el deseo que tenemos de que nuestros trabajos no pierdan su interés de actualidad, nos obliga á retirar hoy el folletin que hemos prometido en nuestro prospecto, pero se publicará sin interrupcion desde el número próximo. Lo mismo decimos respecto á los artículos relativos á la Virgen y á las gerarquías eclesiásticas.

Suplicamos á nuestros amigos y favorecedores que hagan circular este primer número de nuestro periódico que remitimos gratis á todos. Advertimos al mismo tiempo á los que deseen suscribirse que nos escriban directamente manifestándonos sus deseos, ó que se dirijan lo antes posible á nuestros corresponsales en la respectiva provincia, á fin de poderles remitir sin demora el segundo número que solo se enviará á los que lo hayan pedido.

LA IGLESIA CATÓLICA

En esa Roma que por la fuerza de las armas y de la altí-
vez llegó á tal grado de esplendor que redujo á su vicio á



casi todos los pueblos de la tierra y cuyo estravagante politeísmo reunió en su famoso panteón á todos los dioses falsos y mentirosos, en esa Roma, de la cual se puede decir con razon que el sol nunca la iluminó, ofreciendo el mas extraño conjunto de grandeza y poder, de disolucion en las costumbres, de impiedad en su culto, de tiranía en su libertad, á esa ciudad, digo, se dirigió el apóstol Pedro, galileo ignorante, menospreciado, pobre pescador, dotado de medios ordinarios, pero cuya alma era eminentemente valerosa y enérgica.

Esto tenia lugar en la época en que habia tocado el centro del mundo á aquel Claudio, verdadero receptáculo de estupidez, barbárie é impiedad. En Roma, pues, en la capital del mundo conocido, en esa ciudad que reunia en su seno muchos millones de vivientes, y no en un rincón oscuro y desconocido, sino á los ojos de todos, el Apóstol desplegó el estandarte de esa cruz, infamante en Judea, horror de los gentiles, oprobio del mundo, y empezó á confesar á Jesús crucificado. Allí se hizo casi el dominador del mundo, y quiso establecer perpétuamente, para sí y sus sucesores, la Silla sagrada, la cátedra del vicario de Jesucristo, el signo de la redención: la cruz. Como lo deseó así se hizo.

En ese momento Roma, de reina que era del mundo pagano, llegó á ser la reina del mundo cristiano, y en vez de la gloria de un imperio universal, objeto de su ambición con sus Césares y sus innumerables legiones, fué con la sede venerada del vicario de Cristo, el centro de la Iglesia católica, de esa Iglesia cuyos confines son los del mundo y cuya duración será la de los siglos.

Allí, sobre esa sede apostólica, en el espacio de cerca de diez y nueve siglos, se sucedieron uno á otro (sucesión admirable, y que escude á toda creencia humana) 218 pontífices, príncipes de los obispos, padres y dueños de los pueblos, jueces sin apelación, soberanos mediadores, sacerdotes supremos, vicarios del jefe invisible de la Iglesia, Jesucristo, que durante este tiempo gobernaron el mundo católico.

Desde esta Silla apostólica, la Iglesia vió levantarse, debilitarse y al fin caer reinos é imperios, que orgullosos de su ciencia y de su valor parecia quedarían eternamente: vió tantas cosas humanas, aunque sostenidas y protegidas por la autoridad de los príncipes, por la cooperación de los sábios, por el amor de los pueblos, pasar súbitamente de la prosperidad á la última miseria, estenderse y caer en el olvido, y ella, no obstante, sin estar sostenida ni ayudada de nadie, sino al contrario, aborrecida, menospreciada, atacada, calumniada, perseguida hasta el martirio, se mantuvo constantemente firme é inmutable en medio de los escombros de los imperios desplomados, de las ciudades destruidas, siempre victoriosa de sus enemigos, que han desaparecido y caído en el olvido, siempre gloriosa y alcanzando nuevos triunfos. Nada en el mundo puede probar de una manera mas evidente la omnipotencia de la virtud de Cristo.

Sí, siempre sobre esa Silla apostólica se mantuvo firme y segura en los combates, que ha sostenido siempre directa ó indirectamente contra hombres que pretenden ser los ministros de aquel que se rebeló el primero contra Dios.

En gloria y triunfo de la Iglesia redundan las implacables persecuciones de los potentados, testimonio poderoso y sublime de su inquebrantable firmeza, atestiguada por millares de mártires de todas edades y condiciones.

En su gloria y triunfo redundan las sofisticas invectivas de los filósofos, que no hacen sino probar la superioridad de la ciencia de sus doctores.

En su gloria y triunfo redundan las vanidosas declamaciones de los retóricos que permiten á sus Padres desplegar su alta elocuencia.

En su gloria y triunfo redundan la obstinación de los herejes, que demuestran manifestamente el génio superior de sus teólogos.

En su gloria y triunfo redundan las depravaciones de los sectarios del naturalismo, á las que opone la santidad de su moral en millares de vírgenes de una vida pura y angelical.

En su gloria y triunfo redundan los artificios de la pretendida civilización, porque con razon se muestra orgullosa de los infalibles modelos de moral que ha producido, únicos que pueden elevar las naciones al verdadero perfeccionamiento, á la verdadera prosperidad, á la verdadera grandeza.

En gloria y triunfo suyo redundan las contradicciones, las insinuaciones, las emboscadas, las traiciones, los asaltos de toda clase de que es objeto, porque se sirve de todas las armas defensivas de la paciencia y de la calma, y prueba abiertamente que es la columna inmóvil de la verdad, que no se gobierna por medios humanos, sino por sobrenaturales y constantes acciones del Señor que lo ve todo, y con el poder del cual las naciones son dispersadas y los montes eternos allanados.

Solo la Iglesia católica es verdadera, y por lo mismo se ve espléndidamente adornada con las bellezas de la verdad; y es una, inmutable, invencible y universal.

Y porque es sola, fuerte por sí misma, con ese poder de verdad de que está llena, la Iglesia católica se atrae de todos los rincones del mundo, del Oriente y del Occidente, de las regiones del Setentrion y de las del Mediodía, las miradas, la admiración, el respeto, el amor de todos aquellos cuya inteligencia no está estraviada por las perversas afecciones del corazón.

Solo la Iglesia romana es la verdadera, y por esa razon todos los instrumentos de la iniquidad, todos los pérfidos propagadores de cismas, todos los adversarios de la razon humana, todos los atrevidos sectarios de Lucifer, en sus ac-

tos como en sus discursos y sus escritos, están unánimemente conjurados contra ella, para combatirla con todas sus fuerzas reunidas.

Pero en vano; el mismo Dios que ha dicho al mar: *Aquí llegarás, no pasarás mas allá, y aquí se detendrá el orgullo de tus olas*, dice lo mismo á esos espíritus dañados: mi Iglesia será combatida y jamás vencida; subsistirá siempre, y las puertas del infierno nunca prevalecerán contra ella; siempre de las opresiones se levantará mas poderosa, mas radiante, mas bella que nunca, y toda la tierra llena de alegría repetirá del uno al otro polo del mundo el cántico de Moisés:

Cantemus domino gloriose enim magnificatus est.

ESPAÑA, ASOMBRO DE EUROPA.

«¡Europa nos contempla atónita!»—Este grito, lanzado por el espíritu de jactancia que tanto perjudica al carácter, por otra parte envidiable, de los españoles, esta exclamación en que prorumpen los optimistas y los amigos interesados del gobierno, solo pudo parecer sincero y natural en los primeros momentos de la revolución. Pero los que no nos formamos ilusiones, los que no examinamos los sucesos por el prisma de la pasión, ni con la preocupación de partido alguno, estamos plenamente convencidos de que á pesar de su admiración á la reciente revolución de España, Europa se contenta ya con mostrarse espectadora, cuando menos indiferente, de la conducta mas ambigua y contradictoria que ha podido observar jamás gobierno alguno.

Europa ve con efecto en las aguas de Cádiz á una parte de la marina española, mandada por hombres de la situación pasada, enarbolar sobre las murallas de aquella heroica ciudad el estandarte de la revolución al solo grito de *libertad*, el cual estalla con la prontitud del relámpago, se dilata por los ámbitos de la Península, resuena en todos los corazones, amalgama entre sí los heterogéneos partidos políticos, aterra á los menguados ministros del gobierno que cayó por su propio peso, ahuyenta á la dinastía reinante, y destruye un trono cuyo pedestal se apoyaba en los sangrientos cadáveres de sus actuales enemigos.

Contempla además Europa á los individuos del gobierno provisional, esforzados en las armas, ó distinguidos en la república de las letras; los juzga animados quizá por un generoso sentimiento de patriotismo, pero ve al propio tiempo que desconocen el difícil arte de gobernar una nación necesitada de reformas profundamente radicales y de una libertad sin límites, que no llegue, sin embargo, á degenerar en licencia. Observa Europa que el militarismo triunfante se constituye en regenerador de la patria, y en nombre de la soberanía nacional expide decretos sin número, forja proyectos irrealizables, deja subsistentes antiguos abusos, plantea otros nuevos, crea sin necesidad alguna un ejército de oficiales, cual si tuviese armados millones de hombres, y una milicia nacional compuesta de gente desconocida, separa de sus destinos á antiguos y beneméritos empleados y los confía á personas que no tienen mas títulos que la ociosidad ó la ineptitud; de todo lo cual resulta que se perpetúan las arbitrariedades, que el sistema de administración va empeorando de día en día, y que el déficit de 1868 se eleva á la enorme suma de 800 millones de reales.

Alármase por otra parte la Europa al ver un gobierno envuelto en continuos misterios políticos, que se muestra á la vez conservador y revolucionario, escéptico y católico, aristocrático y popular, absolutista y republicano; que se exhibe en medio de las plazas y de la multitud para proclamarse monárquico, y no precisa la forma de la monarquía, ni designa persona alguna que la represente, aunque dejando traslucir su deseo de colocar á un extranjero en el trono, lo cual sería la mayor desventura, el castigo mayor que pudiera imponerse á la nación.

Europa ha recibido con sorpresa el empréstito de dos mil millones, á que han contribuido casi á la fuerza algunos españoles, y respondido con una solemne carcajada los extranjeros: escándalo que no se atrevió á cometer el mismo Garibaldi cuando expulsaba á los Borbones de Nápoles; nijamás se hubiera atrevido nadie á abusar con mano sacrilega de la caja de Depósitos, obligando á los imponentes á recibir en vez de su dinero allí depositado, los bonos del famoso empréstito, que todas las plazas de Europa tuvieron la dignidad y el buen sentido de rechazar. Pena nos cuesta confesarlo; pero el movimiento de Cádiz dirigido con mas acierto y mas patriotismo, no hubiera dado los funestos resultados que hoy estamos tocando, la miseria general en el interior y el descrédito en el extranjero.

Ni puede menos de reirse Europa al ver la imposible reforma de la tasa personal, destinada á reemplazar á la antigua contribución de consumos, con la cual se ha querido imitar sin duda la ley judaica de la capitación, que no deja de ser un progreso en los tiempos que alcanzamos.

De la coalición de todos los partidos políticos del país, fuerte para destruir, mas no para edificar, ha resultado uno nuevo, antes desconocido, el partido republicano: consecuencia necesaria de una oposición ambiciosa é interesada, falta de sensatez y patriotismo; forma de gobierno que tiene siempre su origen en la injusticia ó estupidez de los gobernantes, y en el descontento del pueblo, que suspira sin cesar por su redención y clama por la disminución cada vez mas beneficiosa de los tributos.

Europa ve con escándalo que una gran parte de la prensa periódica española, en vez de ser el órgano de la verdad y la

guía y maestra del pueblo, defiende con absurdos sofismas que repugnan al sentido común, los actos y providencias de un gobierno que ignora ó menosprecia los verdaderos intereses públicos. De aquí nacen las erróneas doctrinas que á voz en grito se proclaman á todas horas, como si fuesen la panacea universal que ha de curar cuantos males afligen á la nación. El remedio es muy sencillo: no tienen otra cosa que hacer que reducir los gastos del culto, establecer el matrimonio civil, efectuar la separación de la Iglesia y el Estado, y otras reformas por el estilo, y España será dichosa; utopías que no sabemos si son hijas de la ignorancia ó de la malicia.

Europa no sabe explicarse por qué destino fatal, en las circunstancias mas favorables que han podido ofrecerse á revolución alguna, sin oposición de dentro ni de fuera, no se haya presentado en España un hombre que exponiendo al país y al mundo entero la tristísima situación de su patria, y procurando conciliar la libertad con la economía, no haya tratado de reducir de una vez el número de las provincias, y por consiguiente el de los empleados que absorben una gran parte de sus productos; de aumentar y proteger la marina, con especialidad la mercante, como medio de riqueza y seguridad para una nación rodeada en su mayor parte de mares; de disminuir el ejército, dado que no amenaza ninguna invasión extranjera, creando una guardia nacional de personas honradas, laboriosas y de responsabilidad, que fuesen la verdadera garantía del orden en un pueblo que se llama libre; de suprimir multitud de instituciones, que son otras tantas rémoras y anomalías en nuestro siglo; de captarse por fin la simpatía y gratitud de este pueblo, rebajando las contribuciones, aboliendo las quintas y la esclavitud, y fomentando por todos los medios posibles la prosperidad de la agricultura, de la industria, del comercio y de las artes. Solo un gobierno revolucionario era capaz de tanto: ni las Cortes ni un rey, cualquiera que sea, podrian hacer mas que agravar el mal; lo que á estas horas no se ha realizado ya, difícilmente podrá lograrse en lo sucesivo.

Tampoco puede persuadirse Europa de que los caudillos de este movimiento, obedeciendo á la funesta inspiración del Polignac de España, después de expulsar del trono á un príncipe inocente, su sucesor legítimo, por los delitos y torpezas de su madre, pretendan sentar en él á un hombre procedente de una familia que vive como réproba en las páginas de la historia, por haber sacrificado á su ambición y á sus intereses millares de víctimas humanas; hijo de una nación que no puede menos de recordar á los españoles injustas usurpaciones por una parte, por otra violencias y desafueros; vástago del llamado *rey de Julio*, de Felipe Igualdad, del regente de Francia, todos ellos ingratos, todos usurpadores; pariente de la misma persona á quien trata de sustituir, cifrando en los vínculos que rompe y da al olvido la justicia y derecho de sus pretensiones, y que si hoy hace de España su patria adoptiva, es porque así conviene á sus miras interesadas, y para recobrar de alguna suerte el oro que por primera vez ha derramado con mano pródiga.

Europa no puede mirar con indiferencia el porvenir de una nación que fué tan grande, y que todavía cuenta con elementos para recobrar su esplendor y poder antiguos, si las ambiciones, las rivalidades, el egoísmo y la desidia habitual, que frustran las felices disposiciones de su pueblo, se convierten en sentimientos de generosa abnegación y patriotismo.

Tiempo es aun de reparar los pasados males; pero no esperemos el remedio de las Cortes ni de un nuevo rey. Por desgracia todos conocemos los servicios que han prestado al país muchos representantes del pueblo. Liberales y hombres que blasonaban de ideas independientes antes de estar investidos del carácter de diputados, tardaban poco en someterse al poder, con la esperanza de obtener cruces, empleos, títulos y beneficios; y si alguna fracción verdaderamente generosa y libre alzaba su voz desde los escaños de la oposición, un calabozo ó el destierro le imponían al fin silencio en castigo de su osadía. Hemos visto á una señora, casi niña, alzarse en medio de torrentes de sangre española sobre las ruinas del pueblo y de los partidos, y hemos visto á la nación pasar por una serie de *lamentables equivocaciones*, y por otra no menos funesta de mas de quinientos ministros que malbarataron los bienes nacionales, patrimonio, no de los pobres, á quien debieran haber servido, sino de especuladores y ricos aventureros, dejando las arcas del Tesoro con un déficit espantoso, origen, como hemos dicho, de la miseria general del país y de nuestro descrédito en el extranjero.

La historia es el testimonio de lo pasado y la consejera del porvenir. Libres todavía del obstáculo de una representación nacional, á la cual aspiran ya con la mayor impudencia hombres oscuros ó desconceptuados, libres también del despotismo de un rey extraño, tiempo es de cicatrizar las heridas abiertas por las pasadas perturbaciones, y fundar un nuevo edificio sobre firmes y estables bases. Poco importa la forma de gobierno; lo que conviene es establecer sólidos cimientos que nadie se atreva á destruir, siempre que sobre ellos se levante la obra de nuestra regeneración política y social, que labrará para siempre la felicidad de España.

Sacerdotes é italianos no podemos permanecer indiferentes con respecto á los destinos del clero y del pueblo español. Los lazos del sacerdocio y de nacionalidad, como ministros de la misma Iglesia católica é hijos de naciones hermanas, nos obligan, aun contra nuestros deseos, á ocuparnos algún tan-

to de la candidatura para el trono de España del duque de Montpensier. Nosotros no atacamos á nadie, y nos limitamos á llamar la atención de los interesados sobre dicha candidatura para que la examinen á la clara luz de la historia.

La historia, pues, es la que habla. Oigámosla.

RESUMEN HISTÓRICO

DIRIGIDO AL PARTIDO ORLEANISTA ESPAÑOL.

Artículo I.

Desde el siglo XIV los reyes de Francia tomaron la costumbre de dar á sus hijos segundos el título de duques de Orleans, y por una fatalidad que los historiadores no han hecho resaltar bastante, los descendientes de estos duques han sido siempre tan funestos á la casa reinante como al país mismo.

Nunca han modificado su carácter ni su géneo maléfico: en el interior son conspiradores infatigables contra el trono, que siempre ambicionan, y en el exterior tímidos satélites del extranjero.

En los anales de Francia figura este nombre bajo el lúgubre aspecto de ambiciones insaciables é incesantes conspiraciones. Y no se crea que esta fatalidad pesa solo sobre un individuo de esta familia, sino que es patrimonio común á todos ellos, que llevan consigo el privilegio de producir el descontento interior ó la rebelión abierta; porque cuando no pueden conspirar descubriéndose, preparan la traición en las sombras del misterio.

Empezamos este triste relato diciendo la verdad, y lo concluiremos reclamando la justicia, para vergüenza de unos, para gloria de otros, y para enseñanza de todos. El público juzgará.

El primer príncipe que aparece en los fastos de la monarquía con el título de duque de Orleans (1336), es Felipe de Valois, hijo de Felipe VI, rey de Francia. Ninguna mención se haría de este hermano menor de Juan II, si en la batalla de Poitiers no hubiese inducido á la fuga al cuerpo de ejército que mandaba. El único recuerdo que queda del primer duque de Orleans, va por consiguiente unido á un desastre. Murió sin dejar sucesión, y el título pasó á Luis, segundo hijo de Carlos V, el Prudente.

Este Luis, azevado al crimen desde su juventud, abandonó á Valentina de Milan, su mujer, sumiendo así en la desesperación y en la amargura el corazón del rey. Isabel de Baviera había sido dotada al nacer de toda clase de seducciones y de perversos instintos. Adivinó Luis de Orleans y fué incestuoso por ambición. Por efecto de imprudencia ó de cálculo, de tal modo se condujo en un baile dado en el hotel Saint-Paul, que dió origen á la enajenación mental de su hermano Carlos VI, apoderándose así de la justicia, de la autoridad y del poder. Hízose de la espoliación un arma homicida, y consiguió por este medio una fortuna colosal.

Tenia Luis un rival en Juan Sin Miedo, duque de Borgoña. Entre los retratos de las mujeres á quienes había seducido, puso Luis de Orleans el de la duquesa de Borgoña, y mostró al mismo Juan Sin Miedo este testimonio de su insolente y calumniadora demencia. El 23 de noviembre de 1407, sucumbió Luis de Orleans á los golpes de diez y ocho asesinos, cuyo brazo había armado el duque de Borgoña.

Sucedíole Carlos de Orleans, su hijo legítimo, porque tenía otros bastardos. Este propuso á los ingleses cederles las más hermosas provincias del reino cuando se encontraba prisionero entre las nieblas del Támesis, después de la batalla de Azincourt.

Luis XII antes de subir al trono se vió sometido á esa fatalidad inseparable de los Orleans, conspirando durante la menor edad de Carlos VIII y queriendo disputar el poder á la regente Ana de Beaujeu.

Ocupa el trono francés la rama de los Valois-Angulema, Francisco I crea duque de Orleans á Enrique, su hijo segundo, enamorado á los diez y ocho años de Diana de Poitiers, y en él viene á recaer la dignidad de delfín por muerte de su hermano mayor, transmitiéndose su herencia á Carlos, tercer hijo de Francisco I. Carlos de Orleans murió joven, concediéndole después el título de duque de Orleans á Carlos Maximiliano, que es en los fastos de Francia el Carlos de la *Sainte-Barthelemy*.

Por una casualidad singularmente desgraciada, la herencia del título de Orleans no ha recaído sino una sola vez en una mujer, y fué Catalina de Médicis quien la obtuvo.

Los Borbones suceden á los Valois; pero en este tiempo aparece Gaston, duque de Orleans, que con las indecisiones de su carácter y sus alternativas de rebeliones y de debilidad, de tranquilidad y de desasosiego, solo consiguió representar el papel de un hombre despreciable; y sin embargo, se propuso competir en grandeza, habilidad y poder con el dueño que se había impuesto Luis XIII, esto es, con el cardenal de Richelieu.

Como todos los Orleans, Gaston era insaciable; pretendía en provecho suyo, intrigaba con los demás, y ganaba siempre. Dejó perecer en el cadalso á su amigo Enrique de Talleyrand, conde de Chalais, y en tanto suscribió á un matrimonio, contra el que había protestado siempre. Constituyese para con el cardenal en delator oficioso de sus favoritos y de sus cómplices, y tiene á un tiempo la doble pasión del juego y de las prácticas secretas, viviendo alternativamente en los excesos de una devoción falsa ó en busca de placeres desconocidos; porque además la hipocresía ha sido constantemente familiar á la raza de los Orleans, que han procurado aparecer siempre como devotos.

Apenas salió Gaston de la conjuración formada por Montreuil con objeto declarado de asesinar al cardenal de Richelieu, volvió de nuevo á sus intrigas con España, haciendo que se firmase un tratado que en breve fué descubierto.

A la muerte de Luis XIII y del cardenal, subió al trono un soberano de cinco años de edad, y el gran Condé saludaba con la victoria de Rocroy el advenimiento de Luis el Grande: entre tanto hacia á este héroe una guerra tenebrosa.

Llegó la Fronda con sus cardenales y sus hermosas duquesas; pero para el duque de Orleans no eran ya favorables aquellos tiempos, y así se mantuvo indeciso entre la regencia y los príncipes, entre el Parlamento y el ejército. Por fin, después de los amores de su hija con Lauzun, después de haber comprometido á Luisa de Orleans, se convirtió de repente en devoto, aunque sin dar á sus limosnas la publicidad de que han hecho alarde algunos de sus sucesores.

Muere Gaston en 1660 olvidado de todo el mundo, y en este punto empieza la familia que lleva vinculado el título de Orleans desde Luis XIV, y por consecuencia desaparece el error dinástico de que la casa de Orleans descendía de Enrique IV por línea mas directa que la de Borbon. Gaston no tuvo hijos varones, y por lo tanto claramente se descubre lo infundado de semejante genealogía.

Después de ambiciones sin fin, de vicisitudes sin número y de crímenes sin ejemplo, la familia de Orleans, rama menor de la casa de Borbon, consiguió que Dios en una hora de justa cólera escuchase sus votos de usurpación; pero el cumplimiento de esos deseos fué la ruina y el destierro de todos los Orleans, porque las dignidades y las fortunas que los hombres se conceden sin derecho, son de efímera duración.

El nuevo duque Felipe de Orleans, era hijo segundo de Luis XIII y hermano mayor de Luis XIV. Con este rey, que decía: *el Estado soy yo*, nada podía Felipe de Orleans. Siendo niño, gustaba de estar entre mujeres y niñas, de vestir las y arre-

glar su tocado; y en su juventud su mayor placer consistía en comprar joyas para regalarlas á sus favoritas. Mazarino le había hecho dar una educación afeminada, para conjurar quizá de este modo las desdichas que había traído siempre este nombre sobre el rey y sobre la Francia. Uniéronse en matrimonio con la brillante y virtuosa Enriqueta de Inglaterra, y después de algunos años de un enlace fecundo solo en borrascas interiores, dejóse oír la gran voz de Bossuet, que desde lo alto de la sagrada cátedra repetía: «¡Madama se muere! ¡Madama ha muerto! Y en efecto, Madama espiraba envenenada á los veintiseis años, y las manos de los favoritos de Felipe de Orleans eran las que habían preparado y administrado el veneno. La justicia cerró los ojos, y el rey mismo no se atrevió á tratar con rigor á los culpables, temiendo encontrarlos allí donde su corazón de hermano no osaba buscarlos. La impunidad es la salvaguardia del orleanismo.

La política de Luis XIV tenía necesidad de alianzas. Felipe de Orleans tuvo que casarse con Isabel Carlota de Baviera, que fué madre del regente. Virtuosa en sus acciones, inmoral en su lenguaje, y sobre todo en sus escritos, hizo gala de su fealdad y de la dureza de su alma. Felipe se vió sorprendido en 1701 por la muerte, y no tuvo alrededor de su tálamo sino lágrimas oficiales y elogios fingidos en lugar de oraciones fúnebres.

El hijo único de este príncipe, discípulo del abate Dubois, cuyo nombre ha execrado la Francia con justicia, es el primero de esta familia de Orleans que ha llevado el nombre de duque de Chartres. Entregóse sin freno á ruidosas orgías y al misterio de las ciencias ocultas, dejando de creer en Dios. Rodeado de truhanes y de comediantes, de cortesanas y de charlatanes nigrománticos, se casó con Mlle. de Blois, hija de la marquesa de Montespan. Esta apoteosis del adulterio y de la bastardía, fué sin duda una de las grandes faltas de Luis XIV.

El rey tenía una numerosa descendencia. Felipe pensó hacerse rey de España, y para ello buscó el apoyo de los ingleses. Este príncipe no vivía sino para las mujeres y para sus vicios. En París resonaba el escándalo de su conducta, y en Versalles el rumor de sus traiciones; iba quedando en el aislamiento, cuando de improviso se encontró ante cuatro cadáveres reales, el del delfín, los de la duquesa y el duque de Borgoña, y el del duque de Bretaña, no quedando en la familia real mas que un anciano de 74 años y un niño en la cuna. Un grito de horror se alzó desde todos los ámbitos de la Francia, y todo vino á confirmar la acusación de parricida contra Felipe de Orleans, execrado en la ciudad como en la corte; pero el rey, que no había querido sospecharse que su hermano el duque de Orleans había sido el autor de la muerte de Enriqueta de Inglaterra, no aprobó tampoco que apareciese su sobrino como envenenador.

Sobre este punto la historia ha sido realmente justa, porque estudiando á fondo aquel proceso, fácilmente se reconoce que el duque de Orleans no había concebido ni realizado semejante crimen; los Orleans, sin embargo, se desquitaban mas tarde, dando la muerte á Luis XVI por un voto, y destronando á Carlos X por medio de una insurrección.

El niño que dejaron en la cuna el duque y la duquesa de Borgoña, fué confiado por el mismo Luis XIV á la regencia de Felipe, y este niño llegó á ser el rey Luis XV. Su existencia es la mas completa justificación del duque de Orleans, el cual, aun admitiendo un crimen extremo, hubiera tenido que contar con la rama de España, dentro de la cual no hubiera dejado de hacer valer sus derechos el nieto de Luis XIV.

El gran rey que constituyó la gran nación, como dicen los franceses, había exhalado el último suspiro, y un niño de cinco años sucedía al majestuoso anciano. Bajo el nombre de regente, Felipe de Orleans tenía en sus manos las riendas del Estado, siendo la primera vez que un Orleans, investido de autoridad, gobernaba la Francia. Veamos cómo supo usar de este poder.

Alcanzó el regente con el mando la popularidad que se había declarado en contra suya. Los cortesanos que le habían maldecido, el Parlamento que le hubiera condenado, el pueblo que le difamaba, todos se prosternaron ante él á la sazón, los profesores hambrientos, los maestros que pasan inclinándose, adorando todo lo que se eleva é insultando todo lo que desciende: hé aquí la historia de todos los pueblos, la misma en todos los siglos.

Después de haber hecho anular las disposiciones del testamento del rey, que podían serle adversas ó embarazosas, se creó una política de equilibrio y de dilación, que si puede seducir en los primeros días, es fecunda después en borrascas y en desengaños. A fin de asegurar la paz, se entregó á discreción á la alianza inglesa.

Recorria las calles de París uno de esos hombres fecundos en proyectos, que acaban indefectiblemente por vencer á los demás de su idea fija. Este hombre era el escocés Juan Law, que sedujo al regente con el prestigio de los números y la ilusión de los sueños, creándose en consecuencia un Banco de descuento y una sociedad comercial. En menos de unas cuantas semanas, se lanzaron á la circulación seis mil millones de valores improvisados y que solo representaban una quimera, bastando casi el espacio de un minuto para que pasase cualquiera de millonario á pobre. Hubo desastres que prepararon crímenes horribles; hubo miseria que el lujo y la repentina elevación del precio de todos los artículos hicieron constante en las familias; pero tan gran desgracia no alteró lo mas mínimo los placeres que se gustaban en los banquetes del regente.

La verdad se había puesto de manifiesto. Law, perseguido por los decretos del Parlamento y amenazado por los clamores del pueblo, pudo á duras penas librarse por medio de la fuga de las represalias de la multitud, y dejó el reino convertido en una bancarota general.

De este modo gobernaba la Hacienda un Orleans investido del poder supremo.

Los Stuardos destronados habían encontrado hospitalidad en Francia; el Parlamento puso á precio su cabeza; lord Stairs obtuvo la silenciosa complicidad del regente; y sobre el territorio francés iba á perecer Jacobo Stuardo de una emboscada preparada por los ingleses: la lealtad de la maestra de postas de Nonancourt frustró el atentado. El príncipe evitó el lazo, pero el regente no pudo evitar la vergüenza de su conducta.

El infame abate Dubois se había hecho necesario al regente por sus intrigas y excesos, y bajo su inspiración el duque de Orleans se hizo aliado de la Inglaterra y de la Holanda, ambas enemigas de la Francia.

Envidias palaciegas habían sembrado la discordia entre Felipe V rey de España y Felipe de Orleans, y sus dos ministros se colocaron bajo el influjo de la misma pasión. El futuro cardenal Alberoni arrojó el guante al futuro cardenal, el malvado Dubois.

Acababa de formarse una alianza contra España; á la par opuso Alberoni otra coalición, conspirando él mismo: tuvo su origen esta conspiración en casa de la duquesa de Maine, nieta del gran Condé, y Cellamare era el alma de ella. Saint-Aignan, embajador del regente, le pagaba en Madrid en la misma moneda. De esta sedición solo resultaron los amores del duque de Richelieu con la hija del regente Mad. de Valois, que se apasionaba por el amor antes de apasionarse por nadie. Lloró, huyó del palacio real para ir á ofrecer al duque de Richelieu su pasaporto cariñoso, y el padre la perdonó en el momento en que la deshonra de su casa es el escándalo del pueblo. Cuando se trata del honor de sus hijas y de la impunidad de sus amantes, Felipe de Orleans perdona fácilmente, y esta tolerancia que haría avergonzar al último de los hombres, se trueca en rigidez tratándose de una conspiración. La Bretaña profundamente humillada en su patriotismo á causa de la alianza inglesa, estuvo á punto de correr á las armas; su cólera estalló entonces, y á su voz se alzaron uno y otro cadalso. Pont-Calec, du Cenedic, Mont Louis y Talbouet murieron en el suplicio. El terror reinaba en el hogar de todas las familias. Los emigrados, emigraban otros. El regente solo fué cruel para castigar aquel exceso de patriotismo.

Las calamidades públicas crecían al compás de las desgracias individuales y de la vergüenza de los orleanistas. A la ruina sucedió la peste; para castigar á la Francia con todas las plagas á la vez, invade la epidemia la ciudad de Marsella; en esta desolada población de la que todos huían y á la que nadie se atrevía á aproximarse, faltaban los socorros y los víveres en el momento mas horroroso. Marsella alzaba sus manos suplicantes al cielo, é imploraba la caridad de los hombres. Marmontel asegura que se propuso al regente cercar con tropas la ciudad, encerrar en ella á todos sus habitantes y entregarla á las llamas. La licencia inclinaba el ánimo á la ferocidad. Por un resto de escrúpulo, que era bastante impertinente, como diría el cardenal de Retz, el regente rehusó seguir el consejo. Representando en la tierra la paternidad universal, el Papa Clemente XI envió desde Civitavecchia tres buques cargados de trigo; pero el regente y Dubois que estaban en abierta hostilidad con la Santa Sede, se opusieron á la entrada de aquellas embarcaciones, las cuales queriendo burlar la vigilancia que sobre ellas se ejercía, se perdieron estrellada una contra las rocas, y las otras dos apresadas por los piratas. Estos, al saber su destino, demostraron un sentimiento que el regente se permitió simular, aunque ya era tarde.

La corte de aquel magnate hubiera atemorizado á Petronio é inspirado inflexibles sátiras al Aretino ó á Voltaire. Su madre no puede contener la pluma al hablar de las abominaciones de su hijo. «Todo lo que se lee en la Biblia de los excesos que castigó el diluvio y de la corrupción de Sodoma y Gomorra no se aproxima siquiera á la vida que se hace en París, dice: siempre que truena, tiemblo por esta ciudad.» La Palatina pensaba entonces en la duquesa de Berry, su nieta, que fué objeto de la furiosa idolatría del regente, su padre. Esta princesa de la familia de Orleans, no supo nunca lo que significaba la palabra pudor; pasando de uno á otro amante, fué un verdadero monstruo, con rostro de virgen y cuerpo de reptil.

En una cena de la Regencia, Mad. de Sabran dirigió á Felipe uno de esos sarcasmos que van derechos al corazón: «Cuando Dios hubo criado al hombre, dijo, cogió un poco de barro que le quedaba, y de él formó el alma de los príncipes y de los lacayos.»

Con la sutileza de una calumnia contra la naturaleza, los que le habían visto pintar completamente desnuda á su hija la duquesa de Berry, y habían sido testigos de otras incomprensibles intimidades, acreditaron el rumor de que el regente era su propio yerno. El poeta Lagrange Chancel en sus Filípicas ha publicado lamentables revelaciones de las que no nos atrevemos á transcribir el menor pasaje.

El *sin dote* del viejo Harpagon ha tenido siempre en esta familia muchas simpatías; casa á su hija el regente, y la Francia paga el dote.

Lo mismo sucede con respecto á Mlle. de Valois y Mlle. de Montpensier, una de las cuales casó con el duque de Móleu, y la otra con el príncipe de Asturias. Las frases *sin dote, sin costumbres*, han tenido siempre mucho encanto para esta raza. Luisa Isabel de Orleans que fué reina de España por espacio de algunos meses, tuvo todos los vicios de su estirpe. El embajador francés en Madrid escribe á su gobierno en despacho de fecha 9 de julio de 1724: «Casi todas las noches había un ejercicio de letanía entre la reina y tres ó cuatro camaristas. Las piadosas letanías se componían de las groserías mas libres y de las expresiones mas significativas; no creo que los que las han compuesto se alaben de ello, pero había cierta complacencia en recitarlas.»

Lo que la duquesa de Berry hacia en el palacio real ó en el Luxemburgo, lo repetían sus hermanas en los tronos extrangeros. La deshonra las seguía en el matrimonio y en el claustro; son célebres en los anales del vicio, y han traído á su familia lo que la Mesalina de Juvenal, *lassata viris sed non satiata*, llevaba al lecho de los Césares.

Agotadas las fuerzas del cuerpo y del alma, muere Felipe de Orleans en una decrepitud prematura, el 21 de setiembre de 1723, al lado de Mad. de Phalaris. Había confiado la juventud y la administración del país al tristemente célebre cardenal Dubois, que murió antes que él. Una deuda de seiscientos ochenta y cinco millones, un nombre execrado y una política funesta, fueron sus legados; y su tumba se vió insultada por los gritos del pueblo y por epigramas tan sangrientos como este:

*Philippe est mort à la sourdine
Et lorsqu'il entre dans l'enfer
C'est pour déboucher Proserpine
Ou pour détronner Lucifer.*

El hijo del regente no recibió en herencia sino vulgarísimas cualidades. Por la regularidad de sus costumbres pareció pedir al cielo que le librara del anatema de que estaba amenazado. El regente había lanzado sobre su hijo único esta maldición que no se comprende en boca de un padre: «¡Anda infeliz, nunca serás mas que un hombre bueno!» En efecto no fué otra cosa: casado con una princesa de Baden y viudo á los 23 años, amaba á Dios y á su prójimo, y se retiró á la abadía de Santa Genoveva, en donde murió humilde y penitente como había vivido: Al saber su muerte la reina Maria Lezinska, le honró con un tierno elogio. «Es un bienaventurado, dijo, que deja aquí muchos infelices.»

Luis Felipe de Orleans, conocido con el nombre de Orleans Montesjou, que heredó los títulos y la fortuna de Luis de Orleans, fué un hombre que después de ser mártir de las impurezas de su mujer, princesa de la casa de Conti, se distraía de sus infortunios conjugales, representando en su teatro de Bagnole los maridos engañados. Esta duquesa de Orleans, amazona filosófica de los pies á la cabeza, fué un padron viviente de escándalo y oprobio. Preguntábanla quién era el padre del joven duque de Chartres, su hijo, y ella respondía: «Cuando uno cae sobre un haz de espinas, ¿cómo ha de saber cuál es la que le ha pinchado?» Esta mujer mereció ser la madre del ciudadano Igualdad, como veremos en el número siguiente.

INTERIOR.

Los recientes sucesos de Málaga son un corolario de los de Cádiz. El militarismo revolucionario predica ahora incesantemente, por supuesto, el cumplimiento de los deberes de cada uno, es decir, la sumisión á las órdenes del partido revolucionario recalcitrante. No se trata del pueblo español, que en su mayor parte ha permanecido tan indiferente al pronunciamiento de Cádiz como á la última carnicería revolucionaria.

En Madrid, los voluntarios de la libertad están en conmoción y no solamente parece que no entregarán las armas sino que en el concepto de todo observador, se han colocado en abierta oposición respecto al gobierno provisional, mostrándose poco dispuestos á obedecer sus órdenes. No solo creemos nosotros que los voluntarios serán obligados á devolver las armas que aun no hace tres meses que se les entregaron, sino que tenemos la seguridad de que toda resistencia por su parte es tardía é inútil, á causa del papel que han desempeñado en la horrible tragedia que ha tenido lugar en Cádiz y Málaga. Espectadores de aquella carnicería, que el gobierno hubiera evitado si no hubiese sido un gobierno militar dispuesto siempre á descargar el sable, han perdido la fuerza moral de resistir. Es poco agradable decirlo, pero es la verdad de los hechos: sería una locura que los voluntarios de Madrid hicieran hoy la menor resistencia. El militarismo ha triunfado, y los voluntarios harían mejor en esperar otra ocasión que en verter en esta su sangre inútilmente. El partido democrático ha sido demasiado incauto al abrir sus puertas, y al prestar su apoyo á los generales *salvadores*, y mas que incauto inocente, si ni aun por hipótesis supuso que los militares de España, acostumbrados á dominar, habían de tolerar por mucho tiempo el armamento de los ciudadanos.

Los voluntarios de la libertad han recibido pues una buena lección, que podrá serles útil para otra vez si quieren aprove-

charla. Por ahora calma y resignación, y el momento de obtener la revancha del triunfante militarismo no se hará esperar.

Pero lo que mas extrañamos es que los periódicos de Madrid, compañeros ayer de los periódicos revolucionarios recalcitrantes, prediquen hoy la prudencia y el sufrimiento respecto á las arbitrariedades del gobierno provisional y tenga fe en el patriotismo de sus individuos después de la desolación de Cádiz y del Puerto, de los violentos atropellos de Málaga y de otros puntos, y de las deportaciones á cientos de sus antiguos amigos los demócratas.

Positivamente han de admirarse propios y extraños de ver cómo los periódicos oficiales proclaman la obediencia á un gobierno que cree haber hecho feliz á España rodeándola de miseria, y que al dejar el poder dejará también á esta magnánima nación arruinada. Su libertad y su dicha habrá sido un pasajero sueño, abundante en su corta duración, en sobresaltos y contradicciones.

Los periódicos de oposición, cuyos directores y redactores no han conseguido aun empleos ministeriales, se desgañitan y claman contra el abuso y la traición de sus antiguos compañeros, y mas ó menos embozadamente escitan al pueblo á que tome las armas para defender con ellas sus derechos.

Ya ven nuestros lectores que contraste tan notable.

Los periódicos matritenses no están de acuerdo respecto á la mayor parte de las cuestiones del día. Solo todos tienen una voz, solo todos son hermanos, solo recuerdan sus recientes compromisos revolucionarios para gritar como energúmenos contra la Iglesia y el clero de España, contra esta Iglesia saqueada sin interrupción desde hace 35 años, contra este clero humillado y empobrecido y al que hace algunos meses que no se le abonaban sus asignaciones mientras en los ministerios se reparten pingües destinos, cuyos sueldos se pagan puntualmente. Es verdad que estos beneméritos empleados han alterado alguna vez el orden público ó han desempeñado algún cargo, aunque sea humilde, en la redacción de algún periódico progresista ó de union liberal, mientras el cura, ¡bah! el cura cumple fielmente con su deber, pasa muchos trabajos y privaciones; pero no alborota, y no hace falta por consiguiente satisfacer sus legítimas necesidades.

Como decíamos, el clero calla prudente, la Iglesia ruega siempre por sus enemigos y perseguidores, y el pueblo sensato, que es la mayoría del pueblo, sufre la presión de los menos en número, pero de los mas si se cuentan por su osadía. Así, la Iglesia, el clero y el pueblo son un paréntesis en la página de ambiciones, de interesadas miras, de trastornos y de desgracia que la historia de este país registrará.

—A pesar de la amargura en que España se encuentra, y del desenfreno de su prensa que parece se ha propuesto lanzar á esta nación monárquica y católica al socialismo y al ateísmo, sabemos con gusto que los obispos, el clero y parte de la prensa secundados por las damas españolas, dignas hijas de Pelayo, de Recaredo, de Fernando y de la grande Isabel I, dando muestras de su ardiente amor á la religión y al orden, emplean cuantos medios están á su alcance para contrarrestar los liberticidios y desordenados trabajos de los revolucionarios. Las damas españolas y los ciudadanos de buen criterio quieren que todo se espere de las Cortes Constituyentes, mientras que el clero con calma y energía, enseña y sostiene los principios católicos sin dejarse seducir por las actuales circunstancias que no pueden menos de ser pasajeras.

—El Papa ha confirmado la sentencia de muerte de dos asesinos llamados Monti y Tognetti. Todo el mundo conoce el crimen cometido por estos dos desgraciados. Sin embargo, los periódicos *soi disant* liberales, fingen que se han asustado y califican al Papa de verdugo y tirano. Tienen razón; para quien tal escribe es tirano y verdugo todo el que no permite que el crimen y las acciones mas infames queden impunes.

Juzguen nuestros lectores: supongamos que los emigrados de cualquier partido encuentran dos hombres como Monti y Tognetti que por veinte duros de gratificación se encargan de poner un barril de pólvora bajo el cuartel de ingenieros de Madrid y que la explosión se verifica, matando á veintidossoldados y á una muchacha y á su padre que por allí pasan en el momento del accidente... ¿La justicia española, aun la revolucionaria de hoy, qué haría? ¿Sería mas flexible que la del rey de Roma? ¿Los periódicos anti-romanos serán capaces de sostener que era preciso salvar á los dos asesinos indicados?

Seamos justos, seamos lógicos, no renunciemos nunca al sentido comun. Todos haremos bien en condenar las hecatombes de España; pero todos daremos tambien una prueba de rectitud respetando la decisión del Rey-Papa respecto á dos tan grandes criminales.

ESTERIOR.

Roma.

La gran fiesta de Navidad se ha celebrado con tanta pompa como fe en todas las basílicas y en las iglesias de la Ciudad Eterna. En San Pedro el Soberano Pontífice ha cantado la misa solemne del día en medio de una multitud inmensa de fieles. Ha habido una gran concurrencia de extranjeros, y en las tribunas reservadas ó de honor, se veía al rey de Nápoles, á la Reina, diversos príncipes y princesas de la familia real, la alta nobleza romana y extranjera, el cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede, los principales funcionarios del Estado, los oficiales superiores del ejército pontificio, etc., etc. El general francés, que manda interinamente el cuerpo de ocupación de Civitavecchia, se hallaba en aquel acto con parte del estado mayor y muchos de los principales oficiales que están á sus órdenes.

La misa fué celebrada con toda la pompa y ceremonial de costumbre. Su Santidad ha tenido constantemente á su lado para servirle y ayudarle en sus santas funciones al cardenal Patrici, subdecano del Sacro Colegio, en calidad de obispo asistente, y al cardenal Mattei como diácono ministrante. Los cardenales Antonelli y Grassellini, ambos del orden de los diáconos, llenaban las funciones de diáconos asistentes y el auditor del tribunal de la Rota, monseñor Nardi, las de subdiácono apostólico. La voz del Santo Padre ha sonado mas bella y sonora que nunca, por lo que la admiración y la emoción han sido mayores en la numerosa asistencia. Mas de unos ojos se han arrasado de lágrimas y mas de un corazón se ha elevado á dar gracias á Dios por la fuerte y vigorosa vejez que se digna conceder al augusto Pontífice que gobierna hoy gloriosamente la Iglesia católica.

Concluida la misa, el Soberano Pontífice en cuanto se despojó los ornamentos sacerdotales en la capilla de la Piedad, ha recibido los homenajes y los votos que se le han ofrecido por el cardenal Patrici, subdecano en nombre del Sacro Colegio de cardenales. La contestación del Santo Padre fué rotunda, firme y de una dignidad admirable, produciendo en la extraordinaria asistencia una impresión de las mas vivas. Su Santidad ha hablado de los peligros que van en crecimiento; de las malas pasiones revolucionarias que se levantan de todas partes contra la Santa Sede; del completo aislamiento de que se halla amenazado el Papado; de las insidias de nuevo género para arrastrar al Papa á hacer concesiones imposibles, que no puede, que no debe hacer y que jamás hará; en fin, de su inquebrantable resolución de sostener, cualesquiera sean los peligros supervinientes, hasta á expensas de su propia asistencia, los derechos de la Santa Iglesia en toda su completa integridad. Que los católicos todos imiten la firmeza y resolución del Papa, cada cual en su esfera de acción y los peligros de que se halla amenazado el Papado, serán conjurados en gran parte.

La piedad de los fieles ha respondido en general á la so-

lemnidad de la fiesta de Navidad. Las iglesias han estado llenas durante el día por la población entera que ha concurrido á adorar y á rezar ante el niño Jesús. La multitud ha sido sobre todo considerable en la basílica de Santa María la Mayor, en donde estaba espuesto, encima del altar del coro, en una magnífica urna de cristal de roca, adornada de espléndidos cincelados de oro fino, una porción notable del portal de Belén, en el cual Nuestro Señor Jesús nació para redimir y salvar al mundo.

Después de las vísperas, á las cuales asistieron los cardenales, aquella preciosa reliquia, conducida sobre los hombros de los canónigos de la basílica, fué transportada en procesión en medio del gentío, depositándola en la capilla de la sacristía, en donde se conservará en vez del punto en que antes se hacia.

El día de San Juan, el Soberano Pontífice ha recibido los homenajes y los votos de un sinnúmero de personajes, entre los que se encontraban naturalmente en primera línea los principales funcionarios del Estado. Otras veces el Sacro Colegio, por el órgano de su decano, dirigía su voz al Papa concluidas las ceremonias de la capilla Sixtina. Pero hace algunos años, no hay mas que un discurso que se pronuncia el día de Navidad y está destinado á desear las felices pascuas á Su Santidad.

El valiente cuerpo de zuavos ha querido celebrar á su manera la fiesta de San Pedro. La víspera de San Juan muchas compañías de zuavos perfectamente instruidas por el teniente coronel de Charette, han ido bajo las ventanas del Vaticano y con brillantes luces y fuegos de colores, suspendidas á la boca del cañon de sus fusiles, han ejecutado una multitud de fuegos de fantasía de lo mas curioso que puede verse.

A la voz de mando de su intrépido coronel, esos jóvenes militares iban, venían, se mezclaban, se agrupaban con habilidad y prontitud y formaban dibujos y figuras muy lindas. Han representado entre otras la cruz de Mentana, la de San Pedro y diversas inscripciones como por ejemplo: *Viva Pio IX amor de Roma*. La muchedumbre numerosísima ha contemplado con placer esos fuegos tan nuevos para ella, y el Santo Padre, que se habia dignado recompensar con su presencia el celo de tan valientes voluntarios, ha manifestado tambien toda la satisfacción de que se hallaba poseído.

Entre los altos funcionarios que han creído un deber y una dicha ir á presentar sus homenajes y la expresión de su adhesión al Santo Padre el día de San Juan Evangelista, se encontraba el general Kamler, inspector de los ejércitos, acompañado de su estado mayor y de los primeros oficiales del cuerpo pontificio. Aquel se adelantó hasta los pies del trono del Santo Padre y pronunció un discurso que cautivó la atención de todos los asistentes.

—Por la corte romana se ha comisionado á un visitador apostólico, para formar una estadística de personas y de cosas pertenecientes al culto católico en Escocia. Segun el programa que se le ha dado, aquella corte se determinará á restablecer en esa parte de la Gran Bretaña la gerarquía normal. Bajo tal punto de vista, esta comision tiene una gran importancia y llamará la atención de los jefes de la Iglesia anglicana.

Inglaterra.

En los periódicos ingleses leemos una detallada descripción escrita por una pluma del partido *ritualista* (secta protestante) sobre las funciones extraordinarias en sus iglesias. Los ornamentos sagrados se describen de un modo muy curioso; por ejemplo, se dice que hubo dos celebraciones, esta es la frase que emplean, del Santísimo Sacramento, y que en la primera se usaron ornamentos viejos y en la segunda nuevos; que al principiar la ceremonia salió de la sacristía un niño con una bandera del Santísimo Sacramento en que estaba pintada la hostia y bordado con oro un cáliz; seguía un monaguillo con sotana color violeta y sobrepelliz con encajes de Flandes; que llevaba el libro para el servicio del altar, ó, como diríamos nosotros, el misal, y por último, seguía el ministro celebrante con sus ornamentos nuevos llevando cubiertos los vasos sagrados, á la manera que el sacerdote católico lleva el cáliz y la patena. Pero la parte mas curiosa de esta descripción es la que se refiere al altar: además de flores y velas encendidas, no solo habia vasijas con granos, sino otra porción de vegetales. Durante la funcion condujeron allí y colocaron en el altar varias ofrendas, tales como tortas y panes con las iniciales A. M. D. G., manteca, canastillos de huevos, y, lo que es aun mas extraño, una cabeza de puerco. ¡Oh! esto ha provocado las mas desdenosas protestas hasta del *Church Times*, periódico religioso, y de otras publicaciones que favorecen generalmente al partido *ritualista*. Hasta los mismos partidarios por mas deseos que tienen de reponer los ritos y las ceremonias de la Iglesia establecida, convienen en que la opinion pública no se halla todavía preparada para mirar sin risa exposiciones tales como las de las cabezas de cerdo que hemos indicado.

Otra funcion, algun tanto parecida á la que dejamos descrita, si bien no tan rara, dió lugar á una esposicion al obispo anglicano con centenares de firmas. El obispo prohibió al ministro oficiar desde entonces en su diócesis, pero este contestó que aquella iglesia era de su propiedad particular, y que por lo tanto el obispo no podia mezclarse en nada. Para decidir esta contienda seria preciso un pleito, cuyos gastos ascenderian á una respetable suma, así es que el obispo se contentó con notificar á los firmantes de la esposicion que si alguno queria por sí dilucidar la cuestion, quedaba en libertad de hacerlo.

El asunto quedó desde entonces en suspenso. Pero el hecho produjo un cambio de espíritu en el partido que se llama de la alta Iglesia á que pertenecen los *ritualistas*. La serie de los famosos tratados de Oxford (*Tracts for the Times*) que puede decirse dan vida al partido, se esforzaban en sostener los derechos de los obispos contra el Estado: este era el principal objeto del doctor Newman y de las primeras cabezas de aquella escuela; pero ahora una porción de este partido, como lo son los *ritualistas*, se levanta contra los obispos bajo la protección de la ley civil. Los magistrados de la alta corte no se cuidan de conceder la victoria á este ó al otro partido de la iglesia anglicana, y mucho menos de prestar su apoyo á los obispos en el ejercicio de su autoridad. El resultado de todo es que un obispo, después de los gastos, las molestias y el escándalo de un proceso, no consigue otra cosa que poner mas en relieve su propia debilidad.

Uno de los últimos hechos del partido *ritualista* es la fundación de un convento de mujeres, que se atribuyen el título de Benedictinas anglicanas, y que profesan la adoración perpétua de lo que ellas llaman el Santísimo Sacramento, con el objeto de obtener del Papa la reunion en el Vaticano de los obispos de la iglesia oriental y de la anglicana, que segun ellos son dos ramas de la verdadera iglesia, á los de la iglesia católica romana, á fin de que el próximo Concilio pueda, segun ellos, llamarse verdaderamente ecuménico. Dicese que un católico fabricante de objetos de iglesia, no habia querido admitir el encargo de hacer una custodia de tal manera formada, que pudieran ser espuestos á la vez el pan y el vino. Esta custodia se destinaba á la adoración de las pobres mujeres encerradas en el nuevo convento anglicano.

Hé aquí lo que es el protestantismo en sus diferentes sectas.

Francia.

El periódico *La Libertad* publica un documento relativo á los asuntos de España, que no carece de originalidad.

Dicho documento es una carta dirigida al gobierno provisional por D. Enrique de Borbon. El ex-infante, que como todo el mundo sabe se ha hecho francmason, se pronuncia en favor de la república y en contra de toda monarquía, especialmente si se trata de la regia eventualidad del duque de Montpensier.

El *Siglo*, periódico tambien de París, se entrega con tal motivo á las siguientes afirmaciones de Madrid: «Conocemos ya Borbones legítimos, Borbones semi-legítimos,

Borbones completamente ilegítimos, y aun se nos exhiben Borbones republicanos...

No deseamos á España haga á estos últimos mejor acogida que á los primeros. Nosotros, los franceses, sabemos ya por una triste experiencia qué grado de confianza es convergente conceder al republicanismo de los príncipes.

Hay otros republicanos á quienes los españoles harían muy mal en confiarse; tales son los republicanos de la escuela del *Siglo* y otras por el estilo.

—Leemos en *La Patrie*:

«Ayer, cuando tuvo efecto en las Tullerías la recepcion del cuerpo diplomático, llamó la atención que el emperador, dirigiéndose al Sr. Olózaga le dijese: «Podeis asegurar á vuestro gobierno que hago los mas sinceros votos por la prosperidad de España.»

Hé aquí un cumplimento de doble ó mas bien de triple conciliación. En efecto, hacer votos por la prosperidad de España, ¿no es desear la caída del estado de cosas que representa el señor Olózaga?

—El discurso dirigido por el emperador al Nuncio apostólico en su última entrevista, no contiene mas que esperanzas poco explícitas. Se ha notado mucho que el anuncio de la conferencia estaba envuelto en términos muy reservados. En lontananza se dejan ver afirmaciones de paz, á juzgar por las noticias oficiales. En Europa su efecto será casi malo. Luis Napoleon ha concluido de representar su papel. Sus palabras ya viejas y gastadas no producirán, en nuestro concepto, nada nuevo.

JUICIO EMITIDO POR EL PERIÓDICO «LA LIBERTÉ» DE PARÍS SOBRE EL MATRIMONIO CIVIL.

Austria quiere seguir el surco abierto por Francia en 1790 y que han seguido casi todos los países libres de Europa. El matrimonio civil es una idea falsa que el porvenir destruirá. El matrimonio es, ha sido siempre y será un acto mas bien religioso que civil. A despecho del año 89 y del código Napoleon, las costumbres (deberia haberse dicho la fe) en Francia son mas fuertes que las leyes, y el matrimonio se compone siempre de dos principales elementos: el contrato ante el escribano ó notario y la bendición nupcial; el matrimonio civil no es otra cosa que una *superfetación obligatoria*, dice la *Liberté*. La firma del contrato es la primera fiesta, la ceremonia religiosa es la segunda, *mas solemne que la primera*. Entre las dos fiestas se introduce frialdad, inconsiderada, sin pompa, una formalidad legal, el matrimonio civil. El verdadero matrimonio se celebra no en el municipio sino en la Iglesia. Lo repetimos, este juicio es de uno de los mas radicales periódicos parisienses. Pero ochenta años de experiencia han demostrado en Francia ciertas verdades, que en Austria y otras partes se ignoran todavía.

SECCION DE ANUNCIOS.

LA IGLESIA

PERIÓDICO POLÍTICO RELIGIOSO.

La edicion grande se publica una vez por semana y dos la pequeña ó popular.

Se admiten anuncios á real la linea, y comunicados á precios convencionales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—Administracion, calle de Santa Catalina, 10, bajo izquierda, y en las principales librerías.

PROVINCIAS.—Aвила, D. Alejandro Lopez Sierra.—Albarracín (Teruel), D. Mariano Perez.—Alicante, D. Manuel Senante.—Altequera (Málaga), D. Francisco Ruiz Garcia, presbítero.—Almansa (Albacete), D. Bernardino Miron.—Alcázar de San Juan (Ciudad-Real), D. Juan Cortés.—Almagro, D. Ramon Ubeda Manzanero.—Arjona (Jaén), D. José Gonzalez.—Alcira (Valencia), D. Leon Gadea, arcipreste.—Andújar (Jaén), D. Manuel Maria Serrano.—Astorga (Leon), D. Paulino Corrales.—Burgos, don Santiago Rodriguez Alonso.—Baluquer (Lérida), D. Ramon Balcillo.—Burgos, D. Sergio Villanueva.—Barcelona, D. Eudaldu Puig.—Bailén (Jaén), D. Antonio Herrera.—Corrión de los Condes (Palencia), D. Andrés María de Sobrón.—Coria (Cáceres), D. Juan Ramon Noguer.—Cariñena (Zaragoza), D. Pascual Gracia.—Ciudad-Real, D. Cayetano Clemente Rubisco.—Cádiz, D. Rafael Arriete.—Corrión de los Condes (Palencia), D. Laureano Fernandez Merino.—Caravaca (Murcia), D. Antonio Gimenez.—Cáceres, D. Antonio Carrasco, arcipreste.—Don Benito (Badajoz), D. Fernando Ramos.—Dalias (Almería), D. Simon Bauneta.—Forcall (Castellón), D. Simon Bernal.—Granada don Luis Díez.—Guernica (Vizcaya), D. Nicolás Iturbe.—Gerona, D. Antonio Franquete Serra y D. Mauricio Cofi.—Huesca, D. Vicente Azlor.—Hellín (Albacete), D. Manuel Lorenzo.—Igualada (Barcelona), D. Juan Rivas y Ansich.—Sumilla (Murcia), D. José María Tébar.—Logroño, D. Juan Albo.—Lérida, D. Francisco Fontanals.—Murcia, D. José Antonio Guerrero.—Medina del Campo (Valladolid), D. Vicente Velayos.—Marquina (Vizcaya), D. Victor de Landabuna.—Osuna (Sevilla), don José Lano.—Olmedo (Valladolid), D. Basilio Molpeceres.—Puerto de Santa María (Cádiz), D. Joaquin Arroyo.—Puerto Real (Cádiz), D. José María de la Cámara.—Puebla de Cazalla (Sevilla), D. Juan Bautista Romero.—Priego (Cuenca), D. Fernando Moreno.—Pedrola (Zaragoza), D. Antonio Urrea.—Palencia, D. Juan Martinez Gurrea.—Puerto Llano (Ciudad-Real), D. Joaquin Lopez Ortega.—Pamplona, D. José Balleasca.—Reinosa (Santander), D. Gumersindo Fernandez.—Rioseco (Valladolid), D. Francisco Peinador.—Sigüenza (Guadalajara), D. Pascual Noboa.—Salamanca, D. Eugenio Calou.—Sahagun (Leon), D. Victor Olea y D. Alejandro Cosío.—San Fernando (Cádiz), D. Eulogio de la Lama.—Tafalla (Navarra), D. Luis Marimon y doña Margarita Villanueva.—Torralba de Calatrava (Cuenca), D. Demetrio Motos.—Tarragona, D. Zenon Amadio.—Utrera (Sevilla), D. Joaquin Marquez Zapata, arcipreste.—Urgel (Lérida), D. Alejo Armengol, presbítero.—Villafranca del Bierzo (Leon), D. Rainaldo F. Rodriguez, presbítero.—Valencia, D. Vicente Pastor.—Velez Málaga (Málaga), D. José María Laso de la Vega.—Zamora, D. Froilan Iglesias.

(Se continuará.)

SE COMPRA

papel consolidado romano de 1860 y 1864.—Dirigirse á la Administracion del periódico LA IGLESIA.

MADRID.—1869.

Imprenta á cargo de J. E. Morete, Beatas, 12.